

## ANEXO I

### REFLEXIONES DE GUILLERMO CASTRO SOBRE LA REUNIÓN DE LA RED DE OBSERVATORIOS DE LA SOSTENIBILIDAD EN ESPAÑA Y EL EIMA6

Guillermo Castro

#### **Comentario 1 / 3 diciembre 2008:**

Sin duda, esta ha sido una sesión de gran importancia para avanzar hacia el objetivo mayor de identificar nuevas modalidades de cooperación para la sostenibilidad global desde la comunidad iberoamericana. En esa perspectiva, cabe resaltar al menos tres elementos.

En primer término, resulta por demás evidente que compartimos una misma preocupación común por la gestión integrada de los territorios y recursos de nuestras sociedades. Enseguida, coincidimos en la necesidad de avanzar hacia la sostenibilidad a través del cambio social. Y, en tercer lugar, hemos podido identificar diferencias de gran valor en la identificación de los problemas a los que atribuimos mayor relevancia desde nuestros respectivos marcos de referencia, y en el tipo y estado de las iniciativas y procesos de participación ciudadana que eventualmente nos permitirán alcanzar un ambiente distinto a través de la creación de sociedades diferentes.

Así, en lo que hace al caso de España, el observador iberoamericano percibe una situación institucional más madura que la de nuestra región, tras la cual subyacen focos de tensión que pueden ser relevantes para nuestra colaboración futura. Ese nos parece el caso, por ejemplo, de la importancia que se atribuye al vínculo entre las dimensiones local y global de la sostenibilidad, muy evidente en las exposiciones de Luis Jiménez Herrero, del Observatorio de la Sostenibilidad de España (OSE), y de NN Sotos, del observatorio de Albacete, con su referencia a Agenda Local XXI, y menos evidente en los demás casos. Otro caso es el del énfasis en la visión de los OS como herramientas de gestión del conocimiento, del territorio y aun de la gestión político y cultural de la sostenibilidad, cuyo abordaje, en este último caso, resultó especialmente rico en las presentaciones de NN Roqueñí, del Observatorio de Asturias, y en el NN Silva, de Andalucía.

Al propio tiempo, el mismo observador iberoamericano puede percibir entre sus colegas españoles una amplia convergencia en la consideración de la sostenibilidad como un objetivo viable en el marco de una gestión más racional del ordenamiento socioeconómico vigente. La perspectiva general, en este caso, parece tener un carácter esencialmente técnico, en cuyo marco la dimensión política de la sostenibilidad tiende a concentrarse en lo relativo a la formulación, ejecución y evaluación de políticas públicas específicas ante problemas muy puntualmente identificados.

El caso de Iberoamérica, como es natural, presenta una complejidad distinta. No es de extrañar, por ejemplo, que en nuestra representación predominen colegas de Colombia, Chile, Argentina, México y Cuba, países con larga tradición científica y académica, que ya disponen de redes bien consolidadas de gestión del conocimiento, cuyo primer equivalente en Panamá está constituido por el CIDES. De esas sociedades ha provenido, también, buena parte de una larga tradición de reflexión y debate sobre los problemas que hoy llamamos de la sostenibilidad del desarrollo. Entre nosotros, esa tradición empieza a tomar forma hacia la década de 1780, en el marco de la Reforma Borbónica; alcanza su primera madurez hacia la década de 1880 en la obra de pensadores como el cubano José Martí, y se renueva, de manera constante y cada vez más compleja, a partir de la publicación en México en 1980, por iniciativa de la CEPAL y del Fondo de Cultura Económica, de la antología Medio Ambiente y Estilos de Desarrollo en América Latina, coordinada y editada por los chilenos Osvaldo Sunkel y Nicolo Gligo.

Dentro de esa tradición, y en lo que hace a la observación de los problemas de la sostenibilidad del desarrollo en nuestros países, tienen especial relevancia a comienzos del siglo XXI varios problemas a los que han hecho referencia en sus exposiciones los colegas iberoamericanos. Tal es el caso, por ejemplo, de los problemas derivados de una temprana organización territorial – y de la cultura de gestión correspondiente – en función de la interdependencia asimétrica. Esos problemas se prolongan, hoy, en las transformaciones de esa organización original de la década de 1950 en adelante, que han ingresado en una fase crítica, cuando asistimos ya, de lleno, a procesos de urbanización masiva y desordenada, asociados a la transformación de fronteras de exclusión en fronteras de recursos.

Desde nuestra cultura, por otra parte, la gestión ambiental puede ser entendida como la expresión concreta de relaciones sociales concretas. De allí nuestro interés en comprender más y mejor los vínculos entre ambiente y ciudadanía, y la importancia cada vez de la ecología política y otras disciplinas emergentes para la comprensión de la sostenibilidad como problema y la formación de indicadores adecuados. Aquí, además, cabe señalar un matiz que puede resultar elusivo para el observador externo.

En América Latina – que tanto contribuyó a la formación y legitimación de la Teoría del Desarrollo entre las décadas de 1950 y 1970 -, la demanda de un desarrollo sostenible expresa entre nosotros un problema, antes que una solución. Ese problema es el del agotamiento de aquella teoría que veía en el desarrollo un resultado más o menos necesario del crecimiento económico, y que hoy no puede dar cuenta de los procesos que hoy llevan a ese crecimiento a combinarse con el deterioro social y la degradación ambiental sostenidos.

Dicho lo anterior, es necesario hacer notar que las diferencias que hemos resaltado sólo llegarán a ser útiles para nosotros si las asumimos desde la advertencia que hiciera José Martí ya en 1882, al decirnos que las contradicciones “no están en la naturaleza, sino en que los hombres no saben descubrir sus analogías.” Desde esa advertencia, en efecto, podemos entender que el verdadero desafío de la cooperación radica en la construcción de los

problemas comunes que ameriten nuestra colaboración. Eso nos obliga a construir juntos una agenda que abarque desde nuestras diferencias en la manera de concebir el desarrollo y sus sostenibilidad, hasta nuestras disimilitudes en materia de organización para la gestión del conocimiento, el territorio y la cultura política de nuestras respectivas sociedades, pasando por nuestras respectivas tendencias a enfatizar las dimensiones de proceso y de estructura en la identificación de los indicadores que nos permitan comparar nuestras situaciones, y colaborar para resolverlas con mutuo y permanente beneficio.

Lo importante, ahora, es que hemos avanzado mucho en la tarea de deslindar el terreno que deberemos roturar mañana. Hasta entonces, y muchas gracias.

### **Comentario 2 / 4 diciembre 2008:**

Lo que ayer señalara Luís Jiménez Herrero, en el sentido de la necesidad de hacer énfasis en la vigilancia de los problemas emergentes para evitar que se tornen en irreversibles enlaza con lo mejor de la tradición intelectual latinoamericana, sintetizada en observación de José Martí en el sentido de que “prever es la buena manera de ver, aunque parezca que por mirar mucho hacia delante no se mira bastante lo presente. Por lo mismo, tras reiterar que la riqueza mayor que compartimos es la de nuestras diferencias en la percepción de problemas que compartimos, como huésped y visitante debo retribuir con mi franqueza la confianza que aquí se me ha concedido.

Así, por ejemplo, me atrevería a decir que aquí en España se tiende a asumir como esencialmente técnico lo que allá en nuestra América es en primer término un problema cultural y político o, si se quiere, de política entendida como cultura en acto. Dicho en otros términos, aquí parece asumirse que el problema medular consiste en observar, evaluar y contribuir a corregir si es necesario el camino hacia el desarrollo sostenible, mientras entre nosotros, cada vez más, lo que está en cuestión es la sostenibilidad misma del desarrollo tal como lo conocemos.

Naturalmente, hay entre nosotros los iberoamericanos, como en todas partes, corrientes y tendencias muy diversas en lo que hace a este problema. Esas tendencias, además, se vinculan a las que dan vida a los procesos de formación y transformación de nuestras culturas, que en este caso se traducen en visiones muy distintas de la naturaleza y su papel en la vida social.

Un español catalán, Joan Martínez Alier, por ejemplo, cumplió un importante papel en relevar la existencia en Iberoamérica de un ecologismo de los pobres, que expresa esa visión desde la perspectiva de las luchas de los indígenas, y de los pobres de la ciudad y del campo en general, por el derecho a disponer de los recursos naturales imprescindibles condiciones dignas de existencia. España ha cumplido también un importante papel en la formación de nuestro ambientalismo institucional y de capas medias, cuyas expresiones más

cercanas se han ido construyendo a lo largo del camino que va de la Agenda XXI a los Objetivos de Desarrollo del Milenio.

Desde esta perspectiva, nuestro énfasis no apunta tanto a administrar mejor lo que ya tenemos – que dista mucho de ser lo que deseamos -, para alcanzar alguna situación ideal de crecimiento económico sostenido en armonía con la naturaleza. Aspiramos, más bien, a buscar formas nuevas de interacción entre los sistemas sociales y los sistemas naturales, que garanticen la sostenibilidad del desarrollo futuro de nuestra especie. Por lo mismo, lo que el Observatorio que necesitamos tendría que observar es el proceso que nos lleve a establecer unas relaciones con el mundo natural que sean tan armoniosas como las que deseamos para nuestro mundo social.

Es precisamente por esto que podemos compartir sin duda alguna las conclusiones generales del diálogo que, desde la parte española, nos ofreció ayer Josep Antequera. Existe, en efecto, amplia disposición al trabajo en las dos riberas del mar que nos vincula. Y en efecto, también, esa disposición debe ser ejercida de manera flexible, encarando la sostenibilidad como un proceso antes que como un estado, mediante un esfuerzo que nos permita compartir indicadores sencillos para problemas complejos, que se validen en el paso del conocimiento a la gestión.

Queda pendiente, por otra parte, la tarea de construir juntos los problemas que compartimos, de un modo que permita traducirlos en indicadores homogéneos de interés común. Esto nos obligará, por ejemplo, a encarar el paso de la escala municipal y nacional aquí dominante, a la de una región histórica y cultural tan compleja como la Comunidad Iberoamericana que deseamos crear. Desde esa perspectiva, por ejemplo, adquirirá un significado nuevo y más útil un concepto tan necesario para nuestra labor como el de huella ecológica, llevándolo a significar las consecuencias ambientales del modelo de desarrollo desigual y combinado en cuyo marco hemos venido a relacionarnos en el seno del moderno sistema mundial.

Asumir en toda la riqueza de sus implicaciones ese cambio de escala es ya imprescindible para superar las limitaciones que hoy tenemos en lo que hace a nuestra capacidad para dar cuenta de situaciones que no se corresponden con los términos de definición del problema desde nuestras respectivas realidades particulares. Resuelto esto, podremos abrir paso a todo aquello en lo que convergemos, desde nuestra preocupación por las consecuencias ambientales de la expansión de los ambientes urbanos hasta los problemas de la gestión de conflictos ambientales en los que se articulan dimensiones locales, regionales y globales, pasando naturalmente por la construcción de estructuras de gestión del conocimiento correspondientes a la complejidad del objeto de estudio que hemos empezado a construir.

Muchas gracias

## ANEXO II

### **CONCLUSIONES DEL DEBATE SOBRE OBSERVATORIOS DE SOSTENIBILIDAD LOCAL Y REGIONAL EN EL MARCO DE LA RED DE OBSERVATORIOS DE SOSTENIBILIDAD**

Josep Antequera

CONAMA, Madrid, 3 y 4 de diciembre 2008.

1. Existe la voluntad de trabajar en red con otros observatorios latinoamericanos a pesar de las diferencias entre las dos realidades sociales.
2. Hay que plantear un grado de flexibilidad en la batería de indicadores para que se adapten a las realidades diversas (urbano, rural, macrociudades, etc)
3. Se plantea la inclusión en la batería propuesta, de indicadores culturales, de salud y medio ambiente, de gobernabilidad, de capacidad institucional, de líneas de base de recursos (agua, ...), también se plantea la referencia a los principios de Aalborg, objetivos del Milenio etc.
4. Seleccionar indicadores que impacten socialmente (como por ejemplo el del ritmo de la construcción), de fácil entendimiento, que sean cuantificables y con la necesidad de establecer metodologías comunes de cálculo.
5. Hay que buscar formas y maneras de superar la falta de información para el cálculo de los indicadores tanto en España como en Latinoamérica.
6. Buscar maneras de pasar de la información de los indicadores al conocimiento.
7. No hay que centrarse sólo en los límites municipales, sino enmarcarlos en ámbitos geográficos más amplios y territorialmente coherentes para enmarcar la lectura local (cuencas hidrográficas, bioregiones etc)
8. Se hace necesario buscar una partida presupuestaria para financiar las reuniones y los encuentros del grupo para la sostenibilidad de su gestión.

## ANEXO III



Representantes de la Red de Observatorios de Sostenibilidad en España.



Reunión de la Red de Observatorios de Sostenibilidad en España en el marco del CONAMA9.



Representantes de Instituciones Latinoamericanas que trabajan en materia de Desarrollo Sostenible.



Representantes de Instituciones Latinoamericanas que trabajan en materia de Desarrollo Sostenible.



Reunión del Grupo de trabajo de evaluación de indicadores de A21L y puesta en marcha del grupo de trabajo de Nuevas tecnologías aplicadas al análisis de la sostenibilidad.



Mesa sobre “Bases para la constitución de un Observatorio de Sostenibilidad en Iberoamérica”